

El testamento del tío Nacho. De Francesc Eiximenis. Adaptación de Àngels Garriga

En el centro de la escena, en diagonal, una cama. Nacho, cubierto con las sábanas pero sacando los brazos fuera, se lamenta. Se enciende la luz o sube el telón, si lo hay. Nacho gesticula aparatosamente. Se toca el corazón, el hígado, el estómago, la cabeza. No cesa de gemir. Entra Quiteria que trajina por la alcoba.

Escena 1

Nacho (siempre gimiendo con voz muy débil) – Quiteria...

Quiteria – ¿Qué quieres ahora?

Nacho – Quiero hacer testamento...

Quiteria – ¡Vaya! ¡Testamento! ¡No sé por qué...!

Nacho (siempre gimiendo) – Quiero hacer testamento, Quiteria...

Quiteria – ¡No, hombre, no! ¿Acaso crees que lo hace gratis el notario? ¡Vaya tipos los que arreglan los papeles! No te preocupes... Yo soy tu mujer, ¿no? Pues, si te vas al otro mundo, todo queda para mí y en paz! Al fin y al cabo solamente tenemos un buey y un pollo...

Nacho – Quiteria, yo quiero hacer testamento...

Quiteria (aparte) – Es raro que le haya dado esta manía... ¿Y si tuviera algún dinero escondido y me lo quisiera legar (1)... y yo, terca, le privara de decírselo al notario? ¡Eso, será eso! (A Nacho.) Está bien, Nachito mío... Ya sabes que quiero darte todos los gustos (mira por la puerta). Mira, precisamente ahora pasa por la calle el señor notario. (Cruza por la parte del escenario que simula la calle, el Notario, con una cartera de documentos en la mano.

Quiteria le saluda desde la puerta.) Buenos días, señor notario. ¡Viene como anillo al dedo!

Escena 2

Notario – ¡Buenos días! Tú dirás, Quiteria. ¿De qué se trata?

Quiteria – Nada, que Nacho, mi marido, está un poco mimoso y dice que quiere hacer testamento.

Notario – Me parece muy acertado. Es cosa que tendría que hacer todo el mundo. Se ahorrarían

muchas peleas familiares y muchos pleitos.

Quiteria – ¡Ah, no! ¡Aquí pleitos no habrá ninguno! ¡Porque todo será para mí! (En voz baja al Notario.) Pero creo que debe tener algún dinerillo escondido y quiere darme una sorpresa.

Notario – Quizá sí, vete a saber.

Quiteria – A ver, a ver... ¡Vaya sorpresa!

Notario – Pero tienes que traer dos testigos .

Quiteria – ¡Dos testigos! ¡Yo no quiero testigos!

Notario – Pues, lo manda la ley.

Quiteria – ¿La ley? ¡Vaya hombre! (Pausa.) Y si no hay testigos...

Notario – Si no hay testigos, no hay testamento...

Quiteria – ¡... ni dinero! ¡Corro a buscar testigos!

Notario – Sí, mientras tanto yo hablaré con el enfermo para saber qué quiere disponer.

Quiteria – ¡Ay, pobrecito, qué quiere que disponga! Todo para mí, claro... (Llorando.) ¡Ay, se me rompe el corazón! (De repente, serena.) Y pregúntele dónde tiene el « calcetín » !No se le olvide!

Notario – No sufras...

Quiteria – ¡Vamos! (Entran en la habitación y se acercan a la cama de Nacho.) Mira, Nacho, aquí está el señor notario. Ya os pondréis de acuerdo. (El Notario se sienta junto a la cama, se coloca las gafas, abre la cartera y saca unos papeles, en los que escribe.) Yo voy a buscar dos testigos. (De nuevo, gimoteando.) ¡Ay, Señor...! Se me rompe el corazón, se me hace trizas, se me desmenuza, se me hace picadillo... (Lamentándose, sale a la calle y encuentra a Goyo.)

Quiteria – Goyo, amigo mío, tendrías que hacerme un favor.

Goyo – Dime de qué se trata. Si te lo puedo hacer...

Quiteria – Es que mi marido hace testamento y necesitamos dos testigos. Si quisieras ser uno de ellos...

Goyo (rascándose la cabeza) – ¿Dos testigos...? ¡Miau!

Quiteria – Sí hombre, no cuesta nada...

Goyo – No cuesta nada, no cuesta nada... ¡En seguida lo has dicho... No cuesta nada... Y luego, ¿quién paga las consecuencias?

Quiteria – ¡Es que si no, no me quedará nada! ¡Anda, ayúdame!

Goyo – ¿Y qué te tendría que quedar? ¡No es tuyo!

Quiteria – Todo es de Nacho, pero si muriera...

Goyo – Si muriera...

Quiteria – Si muriera tendría que quedar para mí. Yo también he trabajado para ganarlo...

Goyo – Pues, si es tuyo, no hace falta testamento...

Quiteria (lloriqueando) – ¡Ay, no me entiendes!

Escena 3

(Entra Pestaña) ¡Eh, tú, Pestaña, ¿querrías ayudarme?

Quiteria (lloriqueando) –... (Entra Pestaña)

Pestaña – Claro que sí, Quiteria. ¿De qué se trata?

Quiteria – ¡Ay! Nacho nos quiere dejar...

Pestaña – Pues, ¿cómo es eso?

Quiteria – No lo sé. No me lo hagas explicar. Vamos al grano.

Pestaña – A ver, ¿qué hay que hacer? Dime.

Quiteria – Poca cosa : ser testigo, porque quiere hacer testamento.

Pestaña – Eso ¡está hecho! ¡Claro que quiero serlo!

Quiteria – Dios te lo pague, Pestaña. (A Goyo.) ¿Ves, hombre, cómo Pestaña no se asusta?

Goyo – Oh, Pestaña, Pestaña...

Pestaña – ¿Qué quieres decir? Total se trata de poner una firma y basta.

Goyo – ¿Una firma, has dicho? Conmigo no contéis. ¡Una firma!

Pestaña – ¡Claro, hombre! Al final...

Goyo – ¡Eso sí que no!

Quiteria – ¡Qué terco es!

Pestaña – ¡No seas pasmado, hombre!

Goyo – ¡A mí no me engañaréis!

Quiteria – ¡Pero si nadie quiere engañarte!

Goyo – Sí, sí, eso decís vosotros... ¡Sedlo vosotros! A mí, desde muy pequeño, me enseñaron que nunca había que firmar nada. Y lo he aprendido bien, ¡Os lo aseguro!

Pestaña – ¡Pero, esta firma no puede comprometerte!

Goyo – ¡Qué me vais a decir vosotras! Una firma siempre es una firma. ¡Y siempre compromete!

Quiteria – Pero, escucha, Goyo...

Goyo – ¡De ninguna manera! ¡No quiero oírlo más!

Pestaña – ¡Qué tonto!

Quiteria – ¡Ya lo puedes decir! Y ahora, ¿qué haremos?

Pestaña – Tendremos que buscar a otro.

Goyo – Eso, eso... A ver si encuentras a alguien.

¡Yo, no! (Sale de escena hablando consigo mismo.) No me casé de joven por no querer firmar ante el juez y ahora, a mis años querríais enredarme... ¡Que no, hombre, que no! Yo...

Quiteria – Tal vez Tano, el de la Jacinta...

Pestaña – Podríamos probar. (Se acercan a la casa. Llaman.)

Voz (desde el interior) – ¿Quién hay?

Pestaña – ¡Tano!

Voz – ¿Qué quieres?

Pestaña – Quiero pedirte un favor. ¡Asómame, hombre!

Tano (entra en escena) – ¿Qué quieres?

Pestaña – Es Quiteria...

Quiteria – Es mi marido...

Tano – ¿En qué quedamos? ¿Quién es, Quiteria o su marido?

Pestaña – El marido de Quiteria, ¡berzotas (6)!

Tano – Ah, claro. ¿Te casaste, no?

Quiteria (llorosa) – ¡Hace tiempo!

Tano – Ah, ya hace tiempo. (Se detiene un momento y piensa.) ¡Oh, ya lo creo que hace tiempo!

Quiteria – Y me parece que pronto podré hacerlo otra vez... ¡Ay...!

Tano – ¡Sopla!

Pestaña – En una palabra : que Nacho quiere hacer testamento y necesitan dos testigos. Tú puedes ser uno, si te parece bien.

Tano – ¿Testigo? De qué?

Quiteria – Del testamento de Nacho, ¿sabes? Ahora lo está dictando.

Tano – Ah, sí, como quieras, Quiteria. Ahora mismo, vamos.

Quiteria – Anda, pues, vamos.

Pestaña – Vamos.

Tano – Eso es, vamos.

Pestaña – Sí, vamos.

Quiteria (llorando) – Sí... Vamos. (Se acercan a la casa.)

Tano (deteniéndose ante la puerta) – ¿Y está muy acabado?

Quiteria – Mucho, pobrecito, mucho. Tendrías que haberle oído, con su vocecilla, diciendo : «Quiteria, quiero hacer testamento... »

Tano – Ah, ¿sí?

Pestaña – ¿Sí?

Quiteria (de pronto, serena y decidida) – Anda, entremos.

Pestaña – Sí, entremos.

Tano – Entremos. (Entran en la casa.).

Escena 4

Notario (al verles llegar) – Me parece que, mientras firman estos hombres, tendrías que avisar al médico.

Quiteria – ¡Otra vez! ¡Y dale! Bien, ya voy. (Inicia el gesto de salir. Vuelve, con toda calma.)

Por cierto, ¿cómo está Nacho? ¿Vive aún?

Notario – Claro que sí, mujer. Por eso te digo que vayas a avisar al médico.

Quiteria – Muy bien, ya voy... (Aparte.) ¡Ay, qué pereza! Si no fuera por el qué dirán, le dejaría que muriera en paz. Mira tú, ¡qué le va a hacer el médico! ¡Cobrar la visita, nada más!

(Sale a la calle y se encuentra con Tina. Mientras tanto el Notario simula leer el testamento a los dos testigos, quienes firman.)

Tina – Quiteria, ¿qué tal está Nacho? Me han dicho...

Quiteria – Ay, mal, mal... Esto se acaba...

Tina – ¿Ya has avisado al médico?

Quiteria – De momento, al notario. Está haciendo testamento en este momento y ha sido el notario quien me ha encomendado que vaya a buscar al médico.

Tina – Ya irá mi chico, si quieres.

Quiteria – Mujer, es que os molestamos tanto...

Tina – ¡No digas eso! No faltaría más!

Quiteria – Mira, no vale la pena... Así, de paso, aprovecharé para entrar en la carnicería, en la droguería, en casa del hojalatero, y me acercaré a la modista ...

Tina – Si haces tantas cosas cuando avises al médico ya será de noche.

Quiteria – Total, qué quieres que haga ya...

Tina – Es verdad. ¡Qué triste es!

Quiteria – ¡Desde luego! Pobre de mí. ¿Qué quieres que haga una mujer sola, sin la ayuda del marido?

Tina – Ciertamente, es bien triste... Pero, mira a la Tomasa, la Cascabelada, cuando se le murió el marido parecía que iba a perder el juicio y al poco se casó con Julio, el de los Tiestos. Y tan felices...

Quiteria – Tomasa tuvo mucha suerte. Pero a mí ¿quién me va a querer? ¡Tan vieja! Si encontrara a uno como Julio, el de los Tiestos...

Tina – Quién sabe, mujer, quién sabe... Frutas más verdes maduran... Además, no corras tanto... A lo mejor Nacho no se muere.

Quiteria – ¡Qué va! No se salvará.

El Notario, Pestaña y Tano se levantan después que Nacho emite un estertor y queda yerto.

Pestaña (asomándose por la puerta y llamando) – ¡Quiteria!

Quiteria – ¡Ay, madre mía! ¡Ya está!

Tina – ¿Qué ocurre? (Corren hacia la casa y entran.)

Notario – Ya no hay nada que hacer.

Tano – Que Dios le haya perdonado.

Quiteria (con gran llanto) – ¡Ay, Nacho mío! ¡Qué desgraciada soy! ¡Tan bueno como eras! Sus últimos pensamientos han sido para mí. Ha querido hacer testamento, pobrecito. ¡Ay, desgraciada de mí! ¡Qué haré sin ti, Nacho de mi corazón! (Los demás se acercan a ella e intentan consolarla.)

¡Dejadme morir! ¡Dejadme morir también a mí! ¡Sin él no soy nadie! ¡Soy solamente la dueña de un buey, un pollo y una bolsa de dinero! ¡Ay, pobrecita de mí!

Notario – Escucha, Quiteria : eso de dueña de un buey me parece un malentendido (los testigos lo confirman con la cabeza).

Quiteria (deja de llorar y grita) – ¿Qué?

Tano – Y eso del dinero...

Pestaña – ¡... menos aún que el buey!

Tina – Pobrecita, queda más pobre que una rata.

Quiteria – ¡Ah, no! ¡Esto no puede ser! ¡No hay quien lo aguante! ¡Oh!

Tina – Pobre, está deshecha...

Quiteria – ¡El buey, el buey! ¡Es mío! ¡Y el dinero!

Notario – Mira, como tu marido ya ha muerto (¡ay!), lo mejor será que te lea el testamento.

Quiteria – ¡Eso, eso el testamento! ¡A ver qué habéis hecho, entre todos, con mi testamento!

Tina – A mí también me gustará oírlo.

Notario – Del testamento de Nacho. (Se dispone a leer. Se sienta, se coloca las gafas y abre el documento) : « En nombre de Dios, nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, amén. Siendo cosa muy cierta que ninguna persona de las que puesta en esa vida mortal pueda escapar de la muerte, siendo ésta cierta pero incierto el día y el final, y como sea doctrina de sabios preveer los acontecimientos futuros, yo, Ignacio Col y Flor, campesino del pueblo de Cienlatas, postrado por enfermedad de muerte corporal, de la cual temo morir, hago y ordeno mi último testamento en presencia del honorable notario de este término, don Baudilio Patatús y Lío, y como fieles testigos mis honrados vecinos don Macario Pestaña y Chuleta y don Cayetano Mazorca y Cascarilla. Y primeramente declaro que es mi voluntad que se invierta en misas por mi alma el dinero que se obtenga por la venta de mi buey. Y en segundo lugar lego a mi muy amada mujer, doña Quiteria Perdiz y Garza, en pago a sus bondades, el pollo que está en el corral. –El presente testamento fue hecho y ordenado en el pueblo de Cienlatas en el día de hoy ».

Y aquí, nuestras firmas.

Quiteria (gritando) – ¡Ay, el grandísimo pillastre! ¿Y el dinero?

Notario – No hablé de dinero alguno.

Tano – Ninguno, ninguno.

Tina – Ni unos tristes ahorros...

Quiteria – ¿Y ahora resulta que solamente me deja el pollo?

Notario – Exactamente, tal como lo has oído.

Quiteria – ¿Y lo que saque del buey es para bien de su alma?

Notario – Así lo ha dispuesto.

Quiteria – ¡El gran sinvergüenza! ¡Lo pasaré a los tribunales!

Tina – No ganarás nada, Quiteria. Es echarlo en saco roto.

Notario – El testamento es legal.

Quiteria – ¿Qué quiere decir « legal »?

Notario – Que está hecho con todas las exigencias que dispone la ley.

Quiteria – ¡Pues la ley es también una gran sinvergüenza! ¡Y todos los que os habéis metido en este testamento sois igualmente unos desvergonzados! ¡Quién os mandaba meteros en eso, para hacer lo que habéis hecho!

Pestaña – Oye, oye, Quiteria, ¡mide tus palabras!

Tano – Eso mismo... Ten cuidado y mide las palabras.

Pestaña – Te las haremos tragar.

Tina – Quiteria tiene razón : esto es una burla.
Pestaña – Aquí el único que tiene razón es el difunto...
Quiteria – ¡Cuentos!
Tina – En paz descanse...
Quiteria – ¡Y que no vuelva!
Notario – ¡Orden, señores, orden!
Quiteria – Ladrones, sinvergüenzas, sacacuartos, falsarios...
Notario – ¡Calla, Quiteria!
Pestaña – ¡Ya está bien!
Tano – Encima que pide un favor...
Quiteria – Embusteros, enredamonas, bergantes, malvados...
Goyo (que aparece por la calle y al oír los gritos se detiene delante de la casa, a escuchar.
Riendo) Seguid, seguid firmando documentos...

Escena 5

(En el mercado. Quiteria, con el buey y el pollo, está entre los vendedores. Gente de un lado a otro. Charloteo que cesa cuando empieza a hablar Quiteria. Entran Pestaña y Tano.)

Quiteria (llamándoles) – ¡Eh! ¿Acaso no queréis hablarme?

Tano – ¿Se te ha pasado la rabieta?

Pestaña – Te pasaste de la raya, Quiteria.

Tano – Si no llega a estar el notario delante...

Pestaña – Y el difunto...

Quiteria – Fue un pronto...

Tano – Pues, cuida de no tener muchos así... Un día puedes encontrarte con alguien que te parta la cabeza.

Pestaña – Hombre, tampoco debes tomártelo así...

Quiteria – Ya sé que vosotros no tuvisteis ninguna culpa. Toda la culpa fue de Nacho, que hasta la muerte quiso hacerme la pascua... (Entra Tina.)

Pestaña – Pero, según parece, ya estás un poco más calmada.

Tina (interviniendo) – ¿Y qué quieres que haga la mujer? ¿Quieres que se dé contra las paredes? Claro que yo no me resignaría. ¡Ah, no!

Pestaña – ¡Pues, no sé cómo te las arreglarías...!

Tina – Yo tampoco, pero algo pensaría.

Tano – El notario lo dijo claramente la ley es la ley.

Tina – Pues, si Quiteria quisiera hacerme caso ¡no daría para misas el importe del buey!

Quiteria – Calla, Tina, calla. Que la voluntad de los muertos es sagrada. Si no fuese así... ¡pocas misas tendría aquel bribón!

Tina – Eres demasiado buena, ¡He aquí!

Pestaña – Quiteria hace lo que es su deber.

Tano – Y hace bien.

Tina – Será bien tonta si destina a misas el importe del buey.

Quiteria – Lo tengo todo pensado y medido.

Escena 6ª

Quiteria (Pausa. Con énfasis) – el importe del buey será para misas y el del pollo para mí.
(Con entonación normal) : ¡Ya veréis cómo respeto la voluntad de Nacho!

Tano – ¡Eso es una mujer!

Pestaña – ¡Claro! ¡Para ella el pollo!

Tina – ¡Tontaina!

(Se acerca un comprador. Todos le miran. Silencio.)

Comprador I (después de examinar el buey por los cuatro costados) – ¿Cuánto pide usted por ese buey?

Quiteria (serena) – Diez duros. (Los demás comentan : « ¿Habéis oído? » « Está loca. » « Pero, ¿qué hace? » « Si lo menos vale mil duros... »).

Comprador I – Me lo quedo. (Intenta cogerlo.)

Quiteria – No vaya usted tan de prisa : el comprador del buey ha de comprar también el pollo.

Comprador I – ¡Qué caso! Y eso ¿por qué?

Quiteria – Es así. ¡vendo el uno, vendo el otro! Termino de una vez.

(Se acerca el Comprador II.)

Comprador I – Y ¿qué quiere que haga con el pollo?

Quiteria – Eso no es cosa mía. Haga usted lo que quiera con él.

Comprador I – Yo no necesito ningún pollo.

Quiteria – Pues, no se lleve el buey.

Comprador II (que se ha ido acercando, escucha la conversación y examina el buey) Si no lo compra él, lo compro yo. ¿Cuánto vale ese buey?

Quiteria – Diez duros.

Comprador I – Oiga, aún no he dicho que no lo compro. Ya lo tengo apalabrado. Y ese buey me conviene.

Quiteria – Entonces, llévese el pollo.

Comprador I – ¡Es usted atrevida!

Quiteria – Oiga, señor, yo no le he llamado. Y le digo que quiero vender los dos animales juntos.

Comprador I – Tiene usted miedo de que se echen de menos, si les separa?

Quiteria – Si no le conviene el trato, lo deja y en paz.

Comprador II – Perfectamente. Entonces compro yo.

Quiteria – Un momento, más despacio. (Al Comprador I.) ¡A ver, decídase de una vez que ya está bien de mirar!

Comprador I – Madre mía, ¡Qué genio!

Quiteria – Ande, ande, que me quita la vista. ¡Decídase!

Comprador I – Venga, véndame el buey, mujer.

Quiteria – ¡Con el pollo!

Comprador I – Está cargada de manías.

Quiteria – Ande, si no ha de comprar, despeje.

Comprador I – Bueno, vamos a ver si nos ponemos de acuerdo. ¿Cuánto quiere por el pollo? Fíjese bien que está flaco, que parece un arenque.

Quiteria – El pollo vale mil duros. (Comentarios de sorpresa, como antes.)

Comprador I – ¿Qué? ¿Os habéis vuelto loca?

Quiteria – Como queráis.

Comprador I – ¡Un pollo por mil duros!

Quiteria – Y un buey por diez. Éste es el trato.

Comprador I – ¡Pero si es un pollo desmirriado!

Quiteria – Y un buey espléndido.

Comprador I – No me convence.

Comprador II – Pues si no le conviene, me interesa a mí.

Comprador I – ¡Debe estar usted loco!

Comprador II – ¡Y usted debe ser un tonto!

Comprador I – No lo entiendo.

Comprador II – Pues yo sí. Ande, déjenos hacer tratos.

Pestaña – Claro, hombre. Si no le gusta pagar mil duros por el pollo, hágase cuenta que los paga por el buey.

Comprador I – Pero, ¡si dice que el buey solamente vale diez!

Quiteria – Y es así.

Pestaña – Es como si los pagara por el pollo.

Comprador I – No lo entiendo.

Quiteria – Pues, vaya a paseo. (El Comprador I queda sorprendido, contando con los dedos.)

Comprador II – Oiga, yo me quedo con los dos animales.

Quiteria – Hecho. Ya sabe cuál es el trato, ¿no?

Comprador II – Claro que lo sé. Tome : mil duros por el pollo.

Quiteria (se los guarda y dice claramente) – Que es lo que mi marido me dejó en testamento.

Comprador II – Y diez duros por el buey.

Quiteria (los coge y dice) – ¡Y esto para misas!

¡Pobrecito!

<http://www.cndp.fr/archivage/valid/15494/15494-7279-7196.pdf>